

Aunque en una reducida esfera hemos sido de esos combatientes: aunque nuestros pretéritos sentimientos se han desvanecido ante la reconciliación presente de todos los partidos, desconfiamos, no de nuestra rectitud civil, sino de nuestra capacidad intelectual para afrontar las altas cuestiones sociales y económicas que tuvieron su solución en manos del héroe cuya vida militar intentamos reproducir.

Oscuro soldado de la Patria, no me es dado plantear y resolver los problemas de nuestra última evolución política.

Solo diré, pues, que el General Díaz logró consumir la obra en la cual se habían estrellado muchos caudillos ántes, la formación del gran partido nacional, en el cual ingresaron sin distinción alguna los factores más heterogéneos, los hombres de todos los partidos que ántes se creían irreconciliables, y que hoy están íntimamente ligados por una mira comun, la conservación de la paz y el engrandecimiento de la Nación.

No puedo ni debo por tanto llevar el menor gérmen de división á ese concierto de patriotismo, y mucho ménos en esta obra que al trazar la vida militar del Señor General Díaz sintetiza la gloria de un pueblo entero, la epopeya inmortal de la República.

Estas altísimas consideraciones me han obligado á no abarcar en mi cuadro histórico ni el exordio de la última evolución histórica, exordio que se llamó la revolución de la Noria, ni la de Tuxtepec que fué la consumación de la crisis que necesitaba el país para entrar á su regeneración.

Me limito, por lo tanto, á bosquejar la misión política del caudillo que escogió el pueblo mexicano para que lo guiara en el nuevo sendero que iba audazmente á tomar.

El inmortal de América había consumado su obra: el ilustre Juárez había realizado lo que ántes que él no había alcanzado héroe alguno, dar á su patria una vida nueva de libertad y progreso, y salvarla de una invasión extranjera.

Concluida su misión, continuó sin embargo en el poder: su primera elección era forzosa; el pueblo tenía el deber de elevar á la primera Magistratura al que había mantenido muy alta la bandera nacional durante la lucha con el extranjero. Y el pueblo dió esa muestra de su amor y su respeto al Señor Juárez, colocándolo bajo el dosel de donde intentaron arrojarlo tres naciones, como el último reto á éstas, como la última protesta de la dignidad de México.

Pero vino la segunda reelección, y comenzó á sentirse el malestar público que precede á los procesos febriles de los pueblos.

Es que el Señor Juárez y el círculo que lo rodeaba, nutridos en la lucha, impregnados en las pasiones de su época, olvidaron que la sociedad no se satisface con discusiones abstractas, sino que necesita también todo lo que desarrolle sus fuerzas y mejore su vida material.

Y en manera alguna culpamos á los hombres del pasado por su actitud de entonces: reconocemos, al contrario, que ellos sentaron las primeras bases del progreso; pero las generaciones del porvenir son las que están lógicamente llamadas á continuar la evolución preparada; y la política del gabinete juarista era eminentemente inerte y retardataria.

Sin embargo el Gobierno del Señor Juárez logró sofocar casi la revolución de la Noria, porque el pensamiento radical de ésta no había madurado aún; pero quedaban vivos y llenos de vigor elementos poderosísimos de revolución, que ninguna fuerza material podía destruir. Porque no se trataba, como en los primeros días de nuestras revueltas políticas, después de hecha la primera independencia, de motines militares fraguados por la ambición personal ó por los mezquinos intereses de partido.

En esta vez germinaba latente en el seno de la República una verdadera revolución, que envolvía un problema económico. El país había llegado al inevitable período en que tras una dolorosa gestación se dá á luz el verdadero progreso, y nada podía impedir este cataclismo social.

Todavía se escuchaban los últimos tiros que hacían los dispersos de la revolución de la Noria, cuando al amanecer el 18 de Junio de 1872 el estampido del cañon anunció al país, desde el Palacio Nacional, que había muerto el Señor Juárez. Y al entrar á ocupar el Señor Don

Sebastian Lerdo de Tejada el Poder Ejecutivo por ministerio de la ley, depusieron las armas los porfiristas, porque había cesado la causa que los hizo lanzarse á los campos de batalla.

El Señor Lerdo, á pesar de su clarísima inteligencia, incidió en la misma falta política que su ilustre antecesor, calificando al porfirismo como un partido personal, no sabiendo preveer que aquella agrupación era sólo la resultante de una crisis social, que preparaba la era nueva en que iba á entrar la Nación.

Se equivocan los que creen que los hombres hacen las revoluciones: éstas son las que levantan á aquellos, como en los grandes períodos geológicos el fuego interno abrió los abismos donde se depositaron los mares, y elevaron las altísimas montañas que esconden sus cimas coronadas de nieves eternas en el seno de las nubes.

En ese inmenso y poderoso factor que se llama el pueblo hierve la lava que determina esos terribles cataclismos. Allí se resuelven los grandes problemas económicos y sociales que no pueden manifestarse sino después de un desgarramiento en la vieja y endurecida costra del pasado. Y entonces se producen los caudillos que llevan al pueblo á la lucha, los combatientes que remueven los obstáculos que opone un poder estacionario, y los apóstoles de la nueva idea de regeneración.

El Señor Lerdo por una ceguera inexplicable, en lugar de seguir el impulso que se adivinaba en las masas impacientes, al entrar al poder por haber sido electo Presidente de la República se ligó al partido reinante que ántes había combatido, adoptó la vieja política que como jefe de una oposición había reprobado, y se fundió en el círculo juarista cuya impotencia política había podido apreciar.

En vez de ponerse al frente de la evolución que tan vigorosa se anunciaba, ántes que se convirtiera en revolución, se empeñó en contrariarla: y en lugar de atraerse á sus antiguos aliados en la oposición parlamentaria que se hizo al Señor Juárez, siguió las tradiciones de éste, su programa, y hasta con su mismo gabinete.

Cuatro años aguardó resignado el país que Lerdo iniciara una época de progreso y mejoras materiales que reanimaran á una sociedad agotada por tanta lucha, y desarrolláran los inmensos elementos

de nuestra riqueza territorial. La nueva administración continuó las viejas prácticas del pasado, ocupándose de cuestiones políticas inútiles y vanas, cayendo al fin cloroformado en la apatía y en la inacción.

Entonces se hizo la revolución de Tuxtepec, que tras de la fórmula convencional de su programa, ocultaba algo misterioso y desconocido, la vaga tendencia del pueblo mexicano á dar un paso más en la senda del progreso y la regeneración.

Los espíritus vulgares no comprendieron lo trascendental de aquella revolución que iba á imprimir al país una forma enteramente nueva, y á abrirle horizontes brillantes y desconocidos. El Gobierno mismo solo vió en aquel movimiento insurreccional un motin de pretorianos, que intentaban levantar á un caudillo nuevo sobre el pavéz.

La banca de México, medrosa como son siempre los poseedores del caudal, no tuvo confianza en la evolución que se iniciaba, al mirar que la presidían las prominencias del partido democrático: y se ligó entonces con el partido moderado, engendrando el plan de Salamanca, que á pesar de contar con poderosos elementos de dinero y fuerza armada, no era viable, porque guardaba en su seno una contradicción monstruosa de principios que hacía imposible su consolidación. Al erigir Iglesias una legalidad revolucionaria, rompiendo sus propios títulos, estaba herido en su base fundamental.

En tanto el Señor General Porfirio Díaz había acudido al llamamiento que le hacía la patria, y lanzándose á la lucha, apareció en la frontera, empuñó las armas, combatió con éxito vario, recorrió, levantando legiones, el Nordeste; prodigó su vida á los campos de batalla, y después de haber luchado con las olas para llegar á las playas de Veracruz, logró unirse á las huestes regeneradoras de Oriente.

Dió forma y organización al Ejército del pueblo y se presentó al fin en los campos de Tecuac donde lo aguardaban las fuerzas federales, poderosas por su organización, por sus elementos militares y por su reputación de valientes.

Allí había agotado el Gobierno sus últimos esfuerzos. El Señor Lerdo se sentía en el vacío, sin popularidad y sin vigor. En vano se había desprendido á última hora del gabinete juarista, llamando á sus amigos que había alejado del poder: era ya muy tarde. Una derro-

ta, la de Tecuac, bastó para derribarlo, obligándolo á marchar al extranjero.

Aquí termina nuestra misión, porque ni en el reducido espacio de esta obra podríamos hacer la historia de las administraciones emanadas del plan de Tuxtepec, ni nos lo permite el plan de nuestro libro.

El Señor General Díaz ha sido elevado al Poder Ejecutivo tres veces por el voto de la Nación entera, que ha visto en el caudillo de Oriente no solo el celoso guardian de las instituciones republicanas, sino el administrador honrado é inteligente que ha realizado el verdadero pensamiento de la revolución de Tuxtepec, la regeneración del país.

No necesitamos para demostrarlo más que hacer la síntesis de lo que se ha realizado en doce años: el nombre de México respetado y estimado en el extranjero, y su crédito tan alto que tiene abiertos todos los bancos y todos los mercados de Europa.

Y en el interior desarrolladas todas las industrias, prosperando el comercio, progresando la riqueza material, aumentando la población, la agricultura fecundando los terrenos desiertos y baldíos, comunicadas todas las poblaciones, aún las más pequeñas, por el alambre telegráfico y cruzado el territorio por grandes vías férreas y numerosos ramales, que derraman por todas partes la riqueza y la prosperidad.

El Señor General Díaz en fin ha coronado su gloriosísima carrera militar con dos grandes obras que serán el mejor timbre de su historia, la sólida afirmación de las instituciones republicanas y la inapreciable consolidación de la paz.

La posteridad colocará su nombre entre los de los héroes que han merecido bien de la Pátria.

México, Septiembre 15 de 1889.

General

Ignacio M. Escudero.

